

No oía la Virgen sagrada estas cosas sin gran compasión; y con aquella ternura de Corazón de que Dios la dotó, se condolía con ellos, y lloraba con ellos, y les prometía que, aunque según el cuerpo se apartaba de ellos, no los olvidaría en su Corazón, y que mientras viviesen les sería fiel abogada, y que la llamasen en sus necesidades, y que cierto sentirían que tenía cuidado de ellos y de ellas...» (33)

Ni podía ser de otra manera, porque esa ternura de que ahora nos hablaba el Beato, no tenía límites en el Corazón dulcísimo de María. Por ahora recojamos sólo un texto. Después de contar con fuerza y dramatismo el llanto de María al recibir de los brazos de la cruz en los suyos los sagrados despojos del Hijo muerto, dice así: «Pensad que fué el más tierno Corazón de cuantos ha habido en el mundo»; le aplica las palabras de Job «la ternura de mi corazón desde el vientre de mi madre salió conmigo» y añade:

«El Corazón más tierno del mundo fué el suyo; y si de ver un pobre llora, ¿qué haría de ver padecer a su santísimo Hijo, de verlo muerto en sus brazos y tan atormentado como estaba... El mayor dolor de cuantos hay en el mundo, en el Corazón más tierno, ¿qué os parece que sentirá?» (34)

Finalmente, la solicitud del Corazón de María por nuestro bien, describela el Beato cuando dice que la primera ocupación de la Virgen, después de subido al cielo Jesucristo, era recibir y consolar a los primeros cristianos que a ella acudían. No sería fácil decir la devoción de los fieles en acudir a Ella; pero

«cuánto menos os podemos declarar la buena gracia y las encendidas entrañas de su caridad con que Ella los recibía?...

¿Con qué ojos miraba la Virgen bendita aquella gente convertida a la fe de su Hijo, que a Ella venía, pues había amado tan de Corazón la salvación de sus ánimas... que porque ellos tuviesen el bien que tenían y viviesen en gracia... Ella ofreció a la muerte de cruz a su Hijo Unigénito?

...Alababa a la divina bondad, daba gracias por los bienes hechos a ellos, y salían de sus ojos lágrimas dulces, sacadas de la ternura de su Corazón, y ningún trabajo le parecía pesado... para recoger aquel ganado que entendía que el Señor le enviaba para que lo apacentase con la gracia

(33) *Ibidem*, nro. 12; vol. II, pág. 857.

(34) *Soledad de la Sma. Virgen María*, nro. 11; vol. II, págs. 781-782. Véase *Festividad de la Santísima Virgen de las Nieves*, nro. 6; vol. II, pág. 797.